

[1]



HOMBRES DE MAR

Tomás Ricardo Jara Arismendi

Hombres de mar

Un relato verídico de la vida real.

Hechos narrados en primera persona por el autor.

Incluidas fotografías al final del libro.

Reservados todos los derechos

2 0 2 0

En homenaje a los hombres y mujeres,
que han dejado su vida en los mares
australes de Chile.

El autor

Este relato de la vida real, se escribió derivado de los viajes, por los años 90, del autor, a los lugares que se mencionan en el presente libro.

Se agradece a las personas que apoyaron este trabajo, aportando documentos visuales e información.

Especialmente se agradece a Eduardo Quepuán Ancapán por el apoyo prestado al autor y editor.

El Editor

Hombres de mar

Un relato original y basado en la vida real del autor. Dedicado a una especial gente de mar.

Vamos a respirar hondo, vamos a cerrar nuestros ojos y nos vamos a sumergir, entre ruidos de olas de mar y graznidos de gaviotas. Vamos a sentir el aroma de la playa, mezcla de sal y arena, vamos a sentir el viento helado del sur y vamos a hacer un viaje hacia las montañas costeras de la Décima región de Chile. Vamos a cruzar a pie, los 35 kilómetros promedio, del cordón montañoso de la Cordillera de la Costa. Acompañenme...

éste es un relato real, vivido hace muchos años, con mochila a cuestas y con mi cuaderno de memorias de viaje, tímidamente doblado en las bodegas de mi corazón.

No acostumbro a relatar en primera persona lo que escribo. Quizás esto sea por temor a lo desconocido, o temor de las opiniones de los lectores, pero aquí vamos. Sujétense.

Corre el año 1993. Me encuentro llegando a la caleta de pescadores de San Pedro, distante unos 45 km. de Hueyusca, en la Comuna de Purrانque, Provincia de Osorno, en la Décima Región del Sur de Chile. He cruzado a

paso vivaz la cordillera, y, al fin mis ojos ven, desde lo alto, el ancho Mar Pacifico, que se extiende como una infinita cortina azulina que se pierde en la inmensidad. El día es glamoroso, con un abundante sol de invierno, atípico en la estación. Las ráfagas heladas del viento, a pesar del sol reinante, me llenan los pulmones, deseosos de respirar aventuras; en medio de esas serranías, bañadas por ese mar inmenso que parece llamarme, descanso, sentado en un promontorio, desde donde se observa esa vista increíble. El mar parece acercarse a mis pies, ofreciéndome su sutil saludo y cariño. Más tarde quizá no pensaría lo

mismo de ese sutil saludo, cuando me encuentre enfrascado en medio de las olas, esperando que se apacigüen...

Bajo lento la cuesta de San Pedro, con pasos ya deseosos de descanso. El camino es sinuoso, angosto, con rocas y de mucha pendiente. A mis costados, en el camino, había marcas en los cortes de las recostadas de jeeps o camionetas 4x4, que denotaban luchas por subir por este empinado camino. Pronto ya me encontraba en la última curva, ya abajo, enfrentándome directo con el mar Pacífico, embriagado éste, de vientos del sur, y con sus heladas aguas invitándome a pasar. Después me encontraba ya grato

charlando con mi amigo del sector, don Waldemar Huanquil, lugareño allí desde muchos años. Aquí, en mucha charla aquella noche, y en mi acuciante forma de inquirir en las historias de los lugares en que andaba, me llevó a conocer, por boca de mi amigo, la vivencia, por ejemplo, en persona del terremoto del 60(*), relato en primera persona realmente impresionante. El habló, que ese día fatídico de mayo del 1960, de repente el mar se adentró, se recogió muchos metros al interior, dejando ver muchos moluscos, peces que saltaban en seco y rocas del mar que siempre habían estado ocultas y que ese día vieron la luz

del cielo. El maremoto estaba en curso. Algunas personas, ignorantes del evento en desarrollo, se adentraron en la mar en seco, atrás de esos peces y moluscos que ese mar ofrecía tan generosamente. Otros, más cautelosos, previeron acerca de la gran catástrofe que se avecinaba, y a vivos gritos hacia las otras personas que estaban en esa playa, subieron a los altos cerros para protegerse de la eventual salida del mar. Don Waldemar en su relato, traga saliva y mira hacia el mar, como recordando esos eventos que grabados se quedaron en su mente; sus manos juegan con el fierro de la estufa (*), como acariciándolo con su dedo